AL LLEGAR ENERO

DULCE Y COQUETA

Capítulo 1

PRÓLOGO.

Mi sueño siempre ha sido ser escritora, desde pequeñita. Devoraba los libros como si de comida se tratase. Eran mi vida. Tenía una meta clara y estaba dispuesta a luchar contra viento y marea para que tarde o temprano, mi sueño fuese una realidad. Eso pensaba… hasta que todo cambió.

Antes de todo esto, me presento. Mi nombre es Olivia. Soy una chica como otra cualquiera, risueña, por qué no decirlo y con algún que otro complejo que más tarde os comentaré. Tengo una vida relativamente sencilla, con sus más y sus menos, unas amigas a las que quiero con locura y un gato, Fito, que ahora mismo, duerme plácidamente sobre mis piernas.

Vivo en un pequeño pueblo en lo que se conoce a nivel nacional ya como la "España vaciada" y que tanta polémica ha generado. Sobre este tema tengo mucho que hablar, pero no quiero ser impaciente y ensañarme de más. Primero quiero que me conozcáis, que os adentréis en mi mundo hasta llegar a amarlo tanto o más de lo que lo hago yo.

No siempre he vivido aquí, nos mudamos hace ya unos cuantos años y la verdad que debo confesaros que, aunque casi me tienen que sacar de mi anterior ciudad a la fuerza, ahora considero que ha sido la mejor decisión que pudieron tomar mis padres.

Oli, tienes que ir a pagar las clases de tu hermana antes de comer, acuérdate por favor que siempre tengo que hacer yo todo.

Ahí, rodeada por el marco hortera de la puerta de mi habitación estaba mi madre con cara de resignación, recordándome por enésima vez lo que ya sabía. Llevaba un moño despeinado, un difuminado eyeliner negro y unos pómulos color coral que llamaban la atención. Sin duda se había pasado con el colorete, pero no quise ponerle más nerviosa y lo dejé pasar. Intentaba vestir informal, pero nunca lo conseguía. Sin duda era una de las mujeres más guapas que conocía y no lo digo porque sea mi madre. La edad le hacía todavía más sexy y era algo que me encantaba de ella. Tenía un carácter fuerte, demasiado, pero gracias a eso, conseguía todo lo que se proponía, sin duda, era de admirar.

Si mamá y por favor, no me lo repitas más veces que de momento retengo bastante bien las cosas, gracias. – Siempre utilizaba el sarcasmo como vía de escape.

Me vestí apresuradamente temiendo que volviese a recordármelo, cogí el sobre de la mesita del salón y salí por la puerta, no sin antes lanzar una cara de desaprobación a Marta, mi querida hermana, que estaba en la cocina desayunando.

Era un bicho. No paraba quieta, pero no se encargaba nunca de nada. Vivía feliz en su burbuja. El desayuno era sagrado para ella, no se le podía molestar. Podía pegarse perfectamente una hora en la cocina y gastar medio paquete de Chocoflakes. En parte le envidiaba, comía como una condenada y no engordaba ni un gramo. En cambio, yo, si me hubiese pegado sus comilonas, podría rodar.

Mi pueblo era mi lugar favorito del mundo, después de mi habitación claro. Todas sus calles eran empedradas, lo que me seguía costando más de una caída a altas horas de la madrugada. Sus casas estaban en perfecta armonía las unas con las otras. No era muy grande, pero eso me había dado mucha libertad desde que llegué a los 6 años. Acostumbrada a vivir en una ciudad, donde apenas podía quedar con mis amigas ni salir de casa sin supervisión de mamá, esté lugar me había cambiado por completo.

En apenas unos meses, ya me había recorrido sus calles, memorizado sus olores y dejado huella en cada uno de sus rinconcitos. Ya conocía al panadero, al frutero y a ese hombre que tocando la campana anunciaba una muerte más de alguien conocido por todos.

En realidad, tengo que confesaros algo para ser totalmente sincera y es que yo siempre veraneaba aquí, en el pueblo de mi madre. Por eso cuando llegue para quedarme de forma indefinida tenía más que vistos a todos mis compañeros de clase y a las que a día de hoy podía definir sin ninguna duda como mis mejores amigas.

Ahí estaba, frente a la "academia" del pueblo, que tan de repente te daba matemáticas como clases de cocina. Apenas estuve unos segundos, le entregué el sobre a la mujer que había en secretaría y sin tener que mediar palabra alguna, salí de allí. Eso era una ventaja de ser tan poquitos en el pueblo, que nos conocíamos a la perfección todos.

Un mensaje me devolvió de vuelta a la realidad. Ahí estaba, la pesada de María, contándome sus ligues de la noche. Era mi mejor amiga, pero a veces resultaba un poco repetitiva. Siempre era lo mismo, una y otra vez… Que si he conocido a tal por Tinder, que si he quedado con él y no me convence… Daba igual si se llamaba Paco, Daniel o Manolito, ella no hacía ascos, decía que el amor podía estar en cualquier parte y que no sería ella quien se cerrase puertas. Era la pelirroja del grupo. Tenía unos ojos enormes color aceituna que llamaban la atención y unas curvas que ya quisiese yo tenerla algún día. Yo le repetía una y otra vez que no necesitaba aplicaciones para ligar, que dejase que todo fluyese, pero era

inútil, si algo le caracterizaba era su cabezonería. Era jodidamente adorable. No dejaba que el mundo le pisotease, sin ser ella quien pisase con fuerza consiguiendo todo lo que se proponía. Estaba estudiando en Salamanca, lo tuvo claro desde el minuto cero. Le daba igual la carrera que estudiar, pero la ciudad… se había informado muy bien de sus fiestas y de las noches salmantinas.

Yo estaba feliz, por fin estabamos todas reunidas, preparadas para unas increíbles vacaciones de navidad. Odio la navidad, tengo que decirlo, soy como el Grinch, pero he de admitir que este año todo cambiaría para siempre.

Capítulo 2

CAPÍTULO 1.

Joder. A saber donde había dejado mis pantalones. No están por ningún sitio. Recuerdo con dificultad la noche anterior. Sólo tres palabras: chupito, tinder, ostia monumental. Era mi última noche del año por Salamanca y tenía claro que no iba a desaprovecharla, aunque esto la verdad que no entraba en mis planes...

Me giré bruscamente y ahí estaba. Pelo castaño, unas cuantas marcas por la cara y camiseta de RAMS 23. Dios, hacía que no veía esa marca como medio siglo. Le miré unos instantes, los suficientes como para darme cuenta que mis amigas tenían razón. Estaba bajando el listón de unas formas... que no eran ni medio normales. Vale que no hiciese ascos... pero que era yo, ¿una puñetera ONG?.

Analizo el entorno que me rodea rapidamente. Una habitación forrada de posters por todos lados, unas cuantas guitarras y miles de latas de conserva rodeandome cual diosa del Olimpo. Esto no podía ser peor... y ¡por fin! Ahí estaban. Me avalance sobre ellos. Mis queridos pantalones, mi nueva adquisición para esa noche con la que seamos sinceros, tenía claro que iba a triunfar. No tenía pensado gastarme ese dineral en unos levis push up, pero joder... bendita inversión.

Esquivé las latas como pude hasta llegar al baño y me miré en el espejo. Mis ondas color teja caían por mi hombro descubierto dandome ese toque de niña buena que tanto me caracterizaba y que andaba a años luz de la realidad. En mi rostro apenas quedaban restos de colorete dejando entrever esas pecas que tanto odiaba. La verdad que esos pantalones me hacían buen culo. Busqué a la desesperada un peine por todo el baño. Nada. Ese maravilloso utensilio que el ser humano habia creado parecía no existir en esa habitación asi que opté por un moño despeinado con el flequillo al aire, recogí mis cosas y apresuradamente salí de esa caja de zapatos.

Apenas llevaba unos minutos en la calle. Saqué el movil para contar mis aventuras por el grupo que teníamos. Tenía muchas ganas de volver ya. Lo necesitaba si no quería que mi reputación terminase por los suelos. Olivia, tenía que llamarle. Era mi confidente y la única que me entendía. No es que con las demás tuviese un trato diferente pero sí sabía los límites de cada una y hasta donde podía hablar.

- María, ¿que haces tu por aquí?.- Estupendo. Cuando pensaba que las cosas no podía ir a peor, la realidad me demostraba que estaba equivocada. Ahí estaba el tío más increíble que existia en la faz de la tierra y con el que había compartido las 24 horas del día hasta hace

apenas unos meses. Ese pelo rizado, esa sonrisa que te contagiaba e impedía que pudieses dejar de mirarle, esas manos firmes que hacían maravillas, esas pecas que al contrario que las mías le daban ese toque travieso que tanto me gustaba, ese todo...

Me di cuenta que llevaba callada demasiado tiempo así que como siempre, dije la primera gilipollez que se me pasó por la cabeza.

- No pienses que he venido para encontrarme contigo, porque no eres el centro del mundo. Al menos del mío no.- Muy bien, María, muy bien. ¿Se puede ser más borde y despechada en esta vida?.

- La verdad que en ningún momento lo había pensado ratilla. ¿Un mal día? ¿O es que te han dejado plantada como de costumbre?. - Ahí estaba, la única persona del mundo capaz de hacerme perder el norte, las casillas, las bragas...- ¿Qué planes tienes para estas navidades? ¿Al pueblo? Si ves a Sandra dale recuerdos.

Sandra era una de mis mejores amigas. La perfección hecha persona. Me hacía sentirme acomplejada en ocasiones, cosa que no era muy normal en mí y él lo sabía. Sabía como tocar esa tecla, como hacerme sentir celos. Una sensación de agobio se apoderó de mí. No podía seguir en esa conversación. Era algo que me había costado mucho superar y a lo que no tenía ninguna intención de dedicar mi tiempo.

Como si de una señal se tratase mi móvil comenzó a vibrar y el nombre de Oli ocupó la pantalla. Le saqué el dedo por el comentario de Sandra y comencé a andar en dirección contraria. Oli, como no, mi salvación...

- Oli, te quiero, te quiero y te quiero. De verdad que no sabes lo que me acaba de pasar, si es que cuando digo que soy gafe es por alg...

- Callaté un segundo y escuchame. Estoy en el hospital, coge el primer bus que puedas y vente ya. Va para largo asi que no te preocupes que llegas a tiempo. Asco de navidades...- Escuché decirle antes de colgarme. ¿Qué coño había pasado? No era la llamada que esperaba y menos que me dejase así. Joder, no podía dejarme así, no era justo. Intenté llamarle un par de veces pero nada. No me quedaría otra que esperar 4 horas, 4 eternas horas de incertidumbre y de suposiciones. No era consciente que ni la más descabellada hipotesis hacía justicia a la realidad.

***

Apenas había entrado por la puerta cuando miré el móvil. ¿10 llamadas perdidas? No había tenido eso ni en mis mejores años. Que raro... un número que no tenía en mi agenda. Soy un poquito dramática las cosas como son, así llamé de inmediato y ahí estaba, la voz más quebrantada y

rota que había escuchado en mi vida.

- Olivia, menos mal que te localizado. Estoy aquí, aquí en el hospital. Ha pasado algo, tienes que venir... Noelia está muy mal, ha entrado en coma o eso creen los médicos, no se que hacer, estoy sola y... - Apenas podía hablar. El miedo se apoderaba de ella.

No me hizo falta saber más. Cerré de un portazo y sin pararme a pensar ni un segundo, comencé a correr hacía allí recordando mis tiempos de atleta. Si algo bueno tenía mi pueblo, es que la distancia mayor eran 10 minutos, por lo que en dos minutos ya había llegado.

Diez personas ocupaban la sala, a la mitad apenas las conocía. Y ahí estaba, su madre, rota de dolor, blanca como la leche y con un tembleque que dios mio, o le daban algo o en cualquier momento se iba a desplomar. Me acerqué a ella. Miles de preguntas me rondaban la mente.

- Marga, ya estoy aquí. ¿Está todo bien? ¿Qué ha pasado?.- ¿Se puede ser más retrasada Olivia? Como que si está todo bien, pues logicamente no. Los momentos de tensión me solían pasar factura, e ahí la prueba de ello.

- Le han hecho pruebas, muchas... el médico dice que ha sido un fuerte golpe en la cabeza. No nos ha querido decir más. Desconocemos que ha podido pasar. Me extraño que no llegase a cenar y al no responder al teléfono nos preocupamos. Menos mal que el localizador nos ayudó a saber donde estaba porque sino...- Y sin terminar la frase rompió a llorar.

Sí, habeis oido bien, un geolocalizador. Los padres de Noelia eran como decirlo... sobreprotectores, lo cual le había causado infinitud de problemas con su hija.

- Nos dijo que estaba con María, pero cuando llegamos estaba sola tirada en el suelo. La he intentado llamar pero no responde. No sabía a quien más acudir...-

¿María? ¿La misma que ayer se había pillado un ciegazo y había llenado el grupo de whatsapp de futuros memes a usar en su contra?. No podía ser. Tenía que haber un error. De repente se me ocurrió, la única respuesta a que Noelia mintiese a sus padres de esa forma. Raúl.

Raúl era exnovio de Noelia. Habían tenido sus más o sus menos, pero últimamente él estaba bastante insistente con ella. Ella bromeaba con que eso ya era acoso, que iba a llamar a la policía, que en cuanto llegase al pueblo se iba a teñir y a cortar el pelo para que no le reconociese... Soy bastante dramática sí, pero esta vez prefería no ponerme en lo peor y pensar que se había tropezado camino a casa o algo similar. Raúl no era

mala persona y podía ser muy pesado pero quería con locura a Noelia.

Su relación había terminado por parte de ambos. Se habían alejado bastante de sus amistades y eso les estaba pasando factura. Apenas veíamos a Noelia y nos empezaba a cansar esa situación... Por su parte ella, no hacía intención por vernos y todo el tiempo del que disponía se lo dedicaba a él. Su madre nunca había aprobado esa relación. Ella era una chica bien y él... él era un músico que se buscaba la vida para poder sobrevivir.

Para sus padres Noelia practicamente vivía en mi casa la mayor parte del tiempo y yo, como buena amiga y cómplice tenía que dar la talla. Al principio todo fue genial. Estaba un rato con él y luego venía a casa a contarme con demasiados detalles como había ido la cosa. Podían estar como mucho una hora, hora que se convirtió en demasiado tiempo con el paso de los meses. Tenía confianza con ella como para decirle las cosas claras, sí, pero me daba pena.

Noelia era la típica chica que perseguía el amor verdadero, la chica que cuando María nos hartaba con sus rollos de una noche ponía muecas de desaprobación. Sabía que era importante para ella, pero hubo un día... Hubo un día, que hasta mi paciencia que es infinita culminó.

***

Sabía que era una chica fuera de lo normal, pero no le importaba. Es más, le gustaba ser diferente. Le había costado mucho tener un verdadero grupo de amigas. Siempre había sido la bicho raro, la gafas de culo de vaso, la torpe, la pelo estropajo... Infinitud de adjetivos que ahora mismo no correspondían con la realidad.

Se miró al espejo. Ponerse lentillas le permitió descubrir esos ojos color aceituna hasta entonces desconocidos para ella y para el resto del mundo. Tenía el cabello compuesto por espirales color platino. Nadie más lo sabía. Siempre iba con una coleta perfectamente cogida para quitar ese aspecto salvaje que su pelo le otorgaba. No es que fuese una gran gimnasta y ella lo sabía, pero su cuerpo resultado de una genética perfecta no se lo exigía.

Estaba empezando a agobiarse... Si es verdad que comenzaban las vacaciones de navidad, sinónimo de descanso y fiesta básicamente pero ella no podía dejar de pensar en los trabajos pendientes para el cuatrimestre siguiente.

Había acudido a terapia varias veces por ataques de ansiedad incontrolables que lo único que hacían eran poner a su madre histérica y sin saber reacionar ante tal situación. Lo cierto, es que no creía mucho en el trabajo de los psicólogos, pero ahora meses después había conseguido

paliar en parte ese estrés que le causaba la universidad.

Qué digo la universidad.... El instituto había sido para ella horrible. Hasta en prescolar se agobiaba con la cantidad de plastilina que debía usar.

Había conocido a varios chicos a lo largo de su vida, ninguno para su desgracia el definitivo. Tenía muy claro, quizás demasiado, lo que buscaba en un chico. Que fuese educado, inteligente, de familia adinerada y tuviese claro su concepto de amor verdadero. Vamos... que en resumidas cuentas, un absoluto coñazo.

El móvil le sonó, sacandole así del trance en el que había entrado. ¿Raúl? Que raro. Llevaban meses sin hablar. Para ser exactos visto como terminó su relación no esperaba volver a tener noticias suyas, al menos en un tiempo.